

Este anciano venerable tambien murió en su prision.

En fin, Latude conversó con el conde La Roche du Maine, padre de Mlle. Tiercelin, de quien hemos hablado en la *Historia de la Bastilla*, y con otros muchos presos ménos importantes.

Todo eso pasaba bajo el gobierno de M. de Guyonet, hombre de costumbres suaves, inflexible en el cumplimiento de sus deberes y de su cargo; pero sin escederse jamas, é incapaz de entregarse á esa vil tiranía tan del gusto de sus predecesores, y á la que debia entregarse sin reserva su sucesor, M. de Rougemont, hombre árido, cruel, zeloso de su autoridad, y alimentándose con una especie de voluptuosidad con los padecimientos de los desgraciados confiados á su vigilancia.

Hé aquí el retrato que Mirabeau hace de ese miserable, nombrado gobernador en 1767: "Este hombre tiene la impertinencia de la mas orgullosa ignorancia. Es un globo lleno de viento. Penetrado del sentimiento de su propia importancia, quisiera inspirarlo á los demas, y hacerse considerar como un hombre esencial y necesario al Estado, lo dice y aun lo cree; tan presuntuosa así es la necesidad, ó tanto así se incorpora la mentira al mentiroso.

"Como la vanidad no tuvo jamas una costumbre mas repugnante, recibe frecuentes desaires de los que no le están subordinados, y sus pretensiones siempre desechadas, renacen siempre de sus humillaciones.

"Cómo se venga de ellas? Haciendo doblegarse al peso de sus antojos, á todo el que está bajo su dependencia.

"Incapaz de todo, y reducido á hacerse valer por sus bagatelas, su estúpida imaginacion, agitada sin cesar por el amor propio, se evapora continuamente en hallar algun medio de estender su imperio, de multiplicar las precauciones, de hacer, de deshacer, en una palabra, de representar un papel.

"Por todas partes va arrstrando su enorme corpulencia: los sarcasmos llueven sobre él, no importa; él continúa zumbando su fastidiosa importancia; burlarse, el dar de latigazos á un liron; miéntras mas se le chicotea, mejor duerme.

"Pero en el Torreón es un déspota absoluto, que goza cuando puede abrir los calabozos, cargar de cadenas, descargar un cetro de hierro."

Era tal la crueldad de ese hombre, que Latude afirma haber visto, en el espacio de tres meses, que cuatro presos se ahorcaron con sus propias manos, para sustraerse á la rabia del gobernador.

En la *Historia de la Bastilla* hemos referido cómo Latude, despues de increíbles padecimientos, recobró al fin su libertad, despues de haber sido llevado de Vincennes á Charenton, y de Charenton á Bicetre.

El lector puede conocer ahí esos acontecimientos, y nosotros, retrocediendo algun tiempo, vamos á volver á la historia de muchos presos importantes de quienes hemos guardado silencio, á fin de no interrumpir la narracion de los hechos, para cuya inteligencia debia servir su encadenamiento.

VII.

Crébillon hijo, y su compañero de prision.—Cárlos Eduardo Stuart.—Diderot.—El abad Morrellet.—El marques de Mirabeau.—El prevoste de Beaumont en Vincennes.—Asaltos y combates en un calabozo.—Los goees del convento.—El conde de Sade Goupil y otros.

Generalmente se cree que despues de la regencia del duque de Orleans, que no fué mas que una prolongada orgía, se mejoraron las costumbres de la corte y de los grandes en general.

Esto es un error, y nada lo prueba mejor que la publicacion de la novela de Crébillon hijo, intitulada *Tancai* y *Néardané*, en la que, segun la opinion de los contemporáneos del autor, las costumbres corrompidas de aquella época están pintadas con la mayor fidelidad.

Pero entónces era, sobre todo, cuando habia peligro en decir la verdad, y Crébillon lo reconoció, cuando una noche fueron á arrancarle de su domicilio para conducirlo al Torreón de Vincennes.

Es verdad que su cautividad fué de corta duracion, y no podia ser de otro modo, porque entónces algunas novelas de ese escritor, hacian las delicias de las mas grandes señoras; por otra parte, su prision no fué señalada por ningun acontecimiento, sino por la aparicion de un raton domesticado por el predecesor de Crébillon, y á la que éste, llegado en la noche al Torreón, permitió participar de su cama, tomándolo por un gato.

Sorprendido por la mañana de la desaparicion de su camarada de cama, lo llamó Crébillon; queria á los gatos, y se prometia distraerse algo con la educacion que queria dar al que le habia acogido tan bien; pero por mucho que llamó y que buscó, no pareció el gato.

Llegó la hora de la comida; el preso se puso tristemente á la mesa, y apenas habia comenzado á comer, cuando se oyó un ligero ruido, y se presentó un animal en medio del cuarto, donde sentado gravemente, parecia esperar que le dieran parte en el festin.

Crébillon, pensando que aquel era su gato de la víspera, se apresuró á arro-

jarle algunos trozos de carne y de pan, los cuales cogió y comió aquel singular convidado, de manera que hacia creer que estaba acostumbrado á semejante tratamiento.

Entónces el preso, queriendo hacer mas àmplio conocimiento con el huésped, tendió la mano para asociarle; pero inmediatamente, el animal se levantó azorado, y Crébillon conoció que tenia que habérselas con un enorme raton, el que corrió á su agujero con la rapidez de un relámpago.

La repugnancia que le inspiró ese animal y la sorpresa que sintió, arrancó un grito al preso.

El vigilante llegó, y supo de qué se trataba.

—Ah! pobre raton!—dijo;—vuestro predecesor lo domesticó tan bien, que ha hecho un prodigio. Vais á ver.

Dicho esto, el llavero llamó al raton, quien muy pronto apareció en la boca de su agujero, y de ahí, viendo que estába en país amigo, saltó sobre el hombro del llavero, y se puso á roer el pan que éste le presentaba.

Crébillon, curado de su antipatía por ese singular espectáculo, desde ese momento trató al raton como lo habia hecho su predecesor, y se hicieron tan buenos amigos, que habiendo sonado la hora de la libertad, el escritor quiso llevarse á su compañero.

Pero este tenia varios amigos en el Torreón, entre otros el llavero de quien acabamos de hablar, y á cuyo ruego desistió Crébillon de las pretensiones que tenia respecto del honrado y reconocido raton.

Un poco despues de Crébillon hijo, (1734), llegó al Torreón el príncipe Carlos-Eduardo Stuart, hijo del pretendiente á la corona de Escocia, quien á la cabeza de algunos de sus partidarios, habia hecho prodigios de valor para reconquistar lo que llamaba su *reino*, y aun se habia apoderado de Edimburgo, capital de aquella nacion.

Ménos dichoso que lo que habia sido al principio, despues de esas hazañas, habia logrado, en medio de los mas grandes peligros, volver á tierra de Francia, de donde habia partido para su expedicion con socorros de hombres y de dinero que le habia concedido Luis XV; pero bien pronto, Luis hizo la paz con sus enemigos, y en el tratado firmado en Aix-la-Chapelle, fué estipulado que Carlos-Eduardo recibiría orden de salir de Francia.

El príncipe recibió esta orden tan vergonzosa para el gobierno de una grande nacion, y rehusó obedecerla, declarando que si salia de Francia, queria que se entendiese bien, que se le espulsaba despues de haber tratado con él como aliado, despues que Luis XV le habia reconocido solemnemente como rey de Escocia. En resumen, eso era mas que un escándalo, una vergüenza que añadir á tantas otras.

El rey y su ministerio dirigido por Maurepas, no podian detenerse por tan poco.

Diéronse órdenes para aprehender al príncipe, y el 10 de Diciembre de 1748, Carlos-Eduardo fué reducido á prision en el momento en que iba á la ópera, y conducido al Torreón de Vincennes, de donde partió seis dias despues para ir á reunirse á Roma con su padre.

En seguida fué preso Diderot, quien fué conducido al Torreón el 24 de Julio de 1749.

El ilustre escritor habia tenido la desgracia de disgustar á una Mad. de Dupré de Saint-Maur, que era la querida de M. de Argenson.

El resto se adivina.

Mad. Dupré se quejó de algunos á propósitos atribuidos á Diderot; escigió que ese hombre de la nada recibiese una leccion para saber vivir, y de Argenson encontró el antojo justo y natural.

No faltaban ni causas ni pretextos, porque Diderot habia publicado ya los *Pensamientos filosóficos*, la *Interrupcion de la naturaleza*, las *Joyas indiscretas*, muchos volúmenes de la *Enciclopedia*, y sus *Cartas sobre los ciegos, para el uso de los que ven*.

En esta última obra fué en la que se apoyó el ministro para lanzar contra Diderot una orden de prision, y hacerle encerrar en Vincennes.

Pero desde entónces, la secta de los filósofos era demasiado poderosa, para que se atreviese alguno á tratar á uno de sus mas famosos miembros como á un preso vulgar: se le dió el castillo y el parque por prision, y estaba tan poco vigilado, que sospechando que le engañaba su querida, Mad. de Puissieux, un dia pudo escalar las paredes del parque, ir á una fiesta á que asistia esa señora, convencerse de que le traicionaba, y volver al castillo sin que nadie conociese que se habia escapado.

Esta risueña cautividad duró tres meses y medio, despues de los cuales volvió Diderot al seno de su familia.

Desgraciadamente esto era una escepcion, y todos los demas presos del Torreón, gemian bajo el yugo de una innoble tirania.

Tales fueron el baron de Windsfeld, arrestado en 1748, quien quince años despues estaba todavia en la prision, donde murió segun todas las probabilidades; el abad Moncrif, una señora Saint-Sauveur, una señorita Huguenin, y otra multitud de presos en el mismo tiempo, por los pretextos mas fútiles, y cuya mayor parte murió en los calabozos, sin haber sabido nunca por qué estaban presos.

En esa época tambien fué aprisionado el abad Morellet, miembro de la Academia francesa, por un folleto intitulado la *Vision*, que habia escrito contra Pailissot y relativa á la comedia de los *Filósofos*, de la que era autor el último.

Morellet tambien pertenecia á una secta temible: tratáronle como á Diderot, y su aparente cautividad no duró mas de quince dias.

En 1761, llegó al Torreón de Vincennes el marques de Mirabeau, padre del ilustre tribuno.

Ese hombre era la naturaleza mas corrompida, el hipócrita mas consumado que imaginarse pueda: tenia todos los vicios, y no poseía ni una virtud.

Poseyendo muy poca fortuna, se habia casado con Mlle. de Vassan, rica heredera, quien le hizo millonario: desde entónces tuvo en Paris casa montada, y se echó cuerpo y alma en la secta de los *economistas*, que gozaba de grande honor.

A fin de colocarse en el primer rango de esos reformadores, publicó muchos folletos, de los cuales uno intitulado el *Amigo de los hombres*, tuvo una inmensa acogida, mucho mas por su título que por su asunto, que no está compuesto mas que de declamaciones ridículas y sin objeto.

Desgraciadamente la multitud, á quien agrada mas la apariencia que la realidad, se dejó sorprender; dió al marques el título de su libro, y bien pronto no se le llamó sino el *Amigo de los hombres*.

Entónces fué cuando infamado por su inmensa fama, publicó el marques su *Teoría del impuesto*, que le valió los honores de la persecucion: arrestáronle y encerráronle en Vincennes.

Esto era despotismo, arbitrariedad, tiranía, sí lo reconocemos, lo proclamamos; pero añadimos que era sobre todo un acto deplorable, porque daba popularidad á un miserable, indigno de toda consideracion.

Quién era, en efecto, el *Amigo de los hombres*? Qué habia hecho?

Despues de haber abrumado con humillaciones y con toda clase de malos tratos á la muger que le habia hecho rico, despues de haberla forzado á vivir con sus concubinas, despues de haberla hecho víctima de monstruosidades que la pluma se rehusa á escribir, la habia hecho encerrar en un convento; habia secuestrado á su bella moribunda; y en fin, este *Amigo de los hombres*, habia obtenido y hecho ejecutar contra los miembros de su familia, cincuenta y cuatro órdenes de persecucion!...

Ese era el infame á quien se llamaba el *Amigo de los hombres*, y cuyo nombre estaria hoy entregado á la ecsecracion, si no lo hubiese rehabilitado su hijo, el ilustre Mirabeau, quien en 1789, guió los primeros pasos de la democracia, marchando á la conquista de la libertad.

Este personage permaneció poco tiempo en el Torreón, y debió su libertad á las súplicas de su muger!...

En el número de los presos de esa época, estuvieron tambien uno llamado de Mercourt, cuyas aventuras referimos en la *Historia de la Bastilla*, y el demasado infortunado Le Prevost de Beaumont, de quien hemos hablado en esa misma historia, y de cuyos infortunios debemos hablar respecto á lo concerniente á su larga permanencia en el Torreón de Vincennes.

Segun hemos dicho en la historia á que nos remitimos, Le Prévost fué llevado á Vincennes por lo que no pudimos referir entónces, porque eso estaba fuera de nuestro cuadro, son los padecimientos que ese desgraciado tuvo que soportar en el Torreón, desde 1769 hasta 1784.

Para quien no ha visto eso, es indescriptible; pero Le Prévost ha publicado esos detalles, que despues han sido reproducidos por muchos historiadores.

De ellos hemos tomado lo siguiente:

« No hay en el *Martirologio de los santos*, dice Le Prévost, tormentos tan largos, tribulaciones tan insoportables de la naturaleza de las que me han hecho sufrir doce veces en el espacio de quince años en el Torreón de Vincennes, á saber:

« Durante ocho meses la primera, once meses la segunda, diez y ocho meses la tercera que es la mas dura de todas, nueve meses la cuarta, siete meses y algunos dias la quinta, cinco meses la sexta, tres meses y dos dias la séptima, trece meses la octava, catorce meses siete dias la novena, ocho meses trece dias la décima, cuatro meses y medio la undécima, y seis semanas la duodécima, lo que hace siete años ocho meses en los calabozos, con las manos y los piés encadenados, siempre desnudo, siempre reducido á la hambre, privado de todo, aunque mi pension en Vincennes fuese de tres mil seiscientas libras, sacadas anualmente del tesoro real, por Rougemontagne. (1).....

« En 1771 y en 1772, fué cuando el cruel Sartine, mi raptor, me detuvo durante diez y ocho meses en el calabozo núm. 2.

« Su odio y su rabia crecian siempre, porque sabia que afrontaba yo en silencio toda su ferocidad; y Rougemontagne, léjos de disimularla, se empeñaba sin cesar en aumentarla, propasándose de las órdenes que recibia, y que provocaba por medio de falsos informes.

« Los dos habian convenido en hacerme perecer de una ú otra manera, como se va á ver; pero la avaricia del demonio Rougemontagne, combatia por mí sin que él lo supiera, cuando sabia que estaba yo próximo á espirar de debilidad, de inanicion, de alteracion y de anonadamiento, por la privacion de alimentos y de bebida.

« No se creeria lo que voy á decir; pero Rougemontagne, de quien tengo á la vista la carta que unas gentes honradas hicieron que llegara á mí, con otra multitud de documentos hallados en la Bastilla despues de la toma de esa fortaleza, es capaz de convencer á los que sean mas incrédulos.

« Sépase, pues, que durante diez y ocho meses, acostándome desnudo, con los piés encadenados sobre una mala cama en forma de cadalso, bajo la figura de un tímpano de dos piés de ancho, cubierto con un poco de paja, reducida á hedionda inmundicia, con la barba de mas de medio pié de largo, recibí por todo alimento durante estos diez y ocho meses, dos onzas de pan y un vaso de agua por dia.

« Yo acusaba á Sartine de ser el procurador general de las hambres de 1767, 1768 y 1769, y ese demonio queria hacerme perecer de hambre y de inanicion, aunque lo mismo que L'Averdy, no podia negarme su crimen.

(1) Esté era el nombre que Le Prévost, daba en su despecho, al gobernador Rougemont.

«Cómo hubiera yo podido subsistir con tan poco durante diez y ocho meses, si visiblemente no me hubiera sostenido Dios? porque una persona que gozara de buena salud, no podría subsistir largo tiempo, aunque le dieran otra mitad mas de aquellos alimentos.

«Unid á eso la privacion de todas las demas cosas necesarias de la vida, como el aire, el fuego, el agua, la luz, la inaccion, la falta de respiracion en los tiempos calurosos, la frialdad de los miembros en medio del invierno, sin corvetores ni vestidos, con la hediondez de un calabozo húmedo en el piso, con sus paredes vegetantes, cuando el aire no se renueva; la ansiedad, las aficciones, las pesadumbres, las perplejidades, el hastío que roe, que mina, que absorbe y devora la existencia, la desesperanza de mejorar de suerte, porque nunca se dice el término que se debe poner á nuestra tribulacion; y el llavero que me daba ese miserable alimento por un boquete que estaba en medio de mi puerta, lo mismo que se hace con los animales feroces, no sabia cuando habia de acabar ese bárbaro tratamiento.

«Un dia dije á ese llavero, que no me serviria de ese modo durante muchos dias, y que alguna mañana me hallaria muerto de hambre, puesto que ya no tenia yo fuerzas para arrastrarme hasta el boquete para recibir mi pitanza.

«Lo que decia yo era cierto.

«El llavero refirió inmediatamente mis palabras á Rougemontagne.

«Este le respondió:

—«Qué queréis que haga en esto? Ejecuto órdenes que me dan. Sin embargo, id inmediatamente á casa del cirujano Fontellian, para que visite de mi parte y ecsamine la situacion de ese preso. Si le perdiera, me quitaria bien pronto los que vinieron con él y despues de él. No es el único que se queja.»

«Fontellian fué á mi calabozo, me tomó el pulso y no lo halló; me tocó el cuerpo y le halló casi frio, débil, descarnado, como un esqueleto; mis ojos no podian soportar la luz de la vela; mi sangre estaba tan empobrecida y tan rarificada, que no parecí al cirujano mas que una imágen de la muerte.

«Dos dias despues me volvieron á llevar á mi cuarto.

«Me bañaron en agua caliente, me dieron caldos confortativos, sostenido de los brazos, me hicieron respirar aire en el patio; y poco á poco, volví á tomar gradualmente alimentos ligeros con una copa de vino añejo que me reanimó: esto duró quince dias.

«Y hé ahí como la avaricia de ese demonio de Rougemontagne, quien se aprovechaba por entero de mi pension, de mi leña, de mi alumbrado, siempre que me metia en los calabozos, me ha salvado de la muerte, considerando que si moria entre sus manos, perderia no solo mi pension, sino tambien la de mis compañeros y de otros que podian serle quitados.»

Con todo, Le Prévost, cuando no estaba en el calabozo, lograba siempre proporcionarse papel, plumas y tinta.

Trabajaba sin descanso, y así compuso muchas obras importantes, las que desde el fondo de su prision halló medio de ofrecer á muchos librereros.

Informados de esto, sus perseguidores pensaron en apoderarse de sus manuscritos, en lo que no dudaban que fuese descubierto de nuevo el pacto de la hambre, lo cual era verdad. (1)

Pero no era fácil apoderarse de los papeles del ingenioso preso; los tenia ocultos bajo sus vestidos, nunca, ni de dia ni de noche, los separaba de sí, y por experiencia se sabia que se defenderia hasta la última estremidad, y se haria matar ántes que dejarse despojar.

Vacilaron mucho tiempo sobre la eleccion de los medios, y aún no se habia decidido nada, cuando al principio de 1784, fué nombrado ministro el baron de Breteuil, en lugar de M. Amelot.

El baron no pudo creer que fuese tan difícil obtener razon de un hombre que estaba preso, y al fin de Febrero, encargó á un inspector de policia llamado Roger de Surbois, que sorprendiera á ese obcecado detenido, ó quitarle á viva fuerza y apoderarse á todo trance de sus papeles.

El inspector juzgó á propósito hacerse preceder por Village, capitan de la compañía de los inválidos, que estaba de guardia en el Torreón.

El oficial fué al cuarto de Le Prévost, y habló en estos términos:

—Vengo á deciros, que M. Amelot ya no es ministro, y que le reemplaza el baron de Breteuil.

—Quién es el baron,—preguntó el preso,—y por qué no viene á visitarme, lo mismo que sus predecesores?

—El baron,—respondió Village,—hábil negociador, condecorado con la órden del Espíritu Santo, ha sido embajador de Luis XV durante treinta años en las naciones estrangeras; quiere saber por vos mismo las circunstancias de vuestro negocio, á fin de conciliarlas con los informes que ha recibido; y no pudiendo venir á veros, os envia á uno de sus oficiales para llevaros ante él á Versailles, en una buena silla de posta: esto servirá seguramente para volveros la libertad. Sellad vuestros papeles; no se les tocará, y los hallaréis cuando volvais.

Le Prévost, naturalmente desconfiado, y de un humor muy irascible, declaró que todo lo que se le decia le parecia sospechoso.

—Pero,—añadió como reflexionando,—cuándo ha llegado á Vincennes el enviado del baron?

—A las cuatro de la tarde.

—Y qué hace ahora?

—Se calienta, y se propone venir á veros cuando haya cenado.

—Pues bien, decidle que por mi boquete le oiré lo que me diga respecto de su mision, y que conozca que es preciso que sea yo justamente desconfiado, por que me han engañado mucho.

(1) Para los detalles del pacto de la hambre, véase nuestra *Historia de la Bastilla*.

Village se retiró, conociendo que el inspector de policía tenía que vencer grandes dificultades, tanto mas, cuanto que la imaginación del preso estaba vivamente afectada.

Sin embargo, Le Prévost hizo un paquete de todos sus papeles, y reflexionando que el baron de Breteuil no le enviaria á buscar de noche, si no tenía el designio de agravar mas su dolorosa posición, se apresuró á atrincherar su puerta por dentro, á fin de oponer toda la resistencia de que era capaz.

A las once y media llegó el pretendido oficial del baron de Breteuil con dos pretendidos criados, que estaban vestidos con medio uniforme de marina; el oficial estaba vestido con un traje azul de rey, que tenía botones de plata con las armas de Francia.

Animáronle al detenido.

—Abrid solamente el boquete,—dijo Le Prévost,—á fin de que le hable y de que me vea.

Satisfacieron su petición.

—Segun se me ha asegurado, sois, señor, enviado como oficial del baron de Breteuil, para conducirme á Versalles; es eso cierto y debo lisongearme de ello?

—Sí señor,—respondió el escento,—soy enviado del baron de Breteuil, quien lleno de negocios en este momento, os ha hecho proponer ir á verle á Versalles en una silla de posta. No hemos podido ménos de emplear dos horas para venir aquí, y necesitaré el mismo tiempo para volver con vos á la corte.

—No puedo aprovecharme de esta invitación del señor baron,—respondió el preso;—mi carcelero me deja, en medio del mas crudo invierno, sin vestidos, sin leña, sin luz, mientras que recibe del rey por cada detenido, tres mil seiscientas libras anuales. Decid al señor baron que estoy desnudo, estenuado por continuos sufrimientos, privado muchas veces de alimento, abandonado de todo el mundo, no tomando aire casi nunca.... mi salud está enteramente destruida. Decid de mi parte todo eso al ministro, haciéndole observar que tengo obras manuscritas que no puedo abandonar; y á fin de que vuestro viage no sea infructuoso, tomad un paquete que he escrito apresuradamente para el señor ministro.

El inspector de policía leyó el sobre, y dijo que era preciso sellarle.

—No tengo ni fuego, ni lacre, ni sello,—respondió el preso,—y me ha sido preciso cerrarlo con una especie de cola.

—Pues bien!—replicó el escento,—voy á derretir lacre, tomad el sello del ministro, ponedlo vos mismo en la abertura del boquete.

Aumentáronse las sospechas de Le Prévost; conoció que se tenía designio de cogerle por el puño mientras que sellase su carta.

Cuidó, pues, de los movimientos de las gentes que estaban delante de él, de las cuales una que quiso cogerle, no lo pudo.

Beaumont arrojó prontamente el sello de plata al oficial, reprochándole que se apoderase de él á fuerza y de noche.

El escento, viéndose descubierto, exclamó: